

El Último de los vivos

(En el fallecimiento de Federico Gaeta)

Como quien regresa de una estación en la historia, he vuelto hace poco de Oxford. En aquellos colleges se guarda memoria de sus fellows que llegaron a ser espíritus universales. Se les celebra porque lo fueron. Pero quizá lo fueron porque se les celebra. De vuelta a España, he reflexionado sobre el hecho de que los medios no hayan notificado la reciente pérdida de uno de nuestros espíritus universales, Federico Gaeta. Si se hubiese tratado de un as del deporte, digamos del deporte rey, el fútbol, hasta los niños sabrían ahora su nombre, y los jóvenes tendrían un ejemplo que emular. Pero lo que hemos perdido ha sido un as de la ciencia, de la ciencia reina, las matemáticas, y su nombre ha pasado en silencio. Al final, cada pueblo tiene lo que celebra. Y los españoles no celebramos la ciencia.

¿Cómo dar en tan pocas líneas cuenta cumplida de la obra de Federico Gaeta? No haré de él un elogio. Al acabar el famoso “ Banquete” se pidió a Sócrates que elogiara al dios Amor, pero él se negó a hacer de ese dios, ni de nada ni de nadie, el elogio: es decir, de entre todo lo que es verdad, recordar tan sólo lo que resulta halagüeño. Cuando, entonces, le permitieron expresarse con libertad , se tratase o no de un elogio, pronunció aquel inmortal discurso, una de las más bellas y verdaderas páginas que se hayan escrito jamás acerca del amor.

Digámoslo, pues, claramente. Gaeta no fue un maestro. No lo fue en el sentido ordinario que suele darse a esta palabra: un formador directo de jóvenes científicos que perpetuasen su nombre y su obra a través de esa misma labor de formación. Baste sólo un dato: nunca dirigió una tesis doctoral. Pero quisiera explicar cómo, más allá de este estrecho sentido, Federico Gaeta fue un gran maestro, una verdadera inspiración moral y científica para generaciones. Cuando hace diez años, geómetras de todo el mundo se daban cita en Madrid en un congreso homenaje con ocasión de su jubilación, tuve el honor de ser invitado a glosar su figura. Y lo hice comparándola con la de Pedro Abellanas, otro modo de ser maestro, otro modo de dejar rastro en las generaciones. Abellanas, en su vida de investigación, llevó a cabo una ingente labor de formación de jóvenes –dirigió muchas tesis doctorales de los que a su vez fueron directores- dejando sembrado en la geometría española un jardín de Mayo. Federico Gaeta, en cambio, paró poco por España, desde que realizara su tesis doctoral esencialmente en Italia, y ejerciera luego por muchos años como profesor en Estados Unidos, hasta su regreso, sólo muy al final, a nuestro país. Pero el principal resultado de su investigación, su teoría de la “liaison geométrica”, ha sido fuente de inspiración, no sólo para jóvenes geómetras en España, sino en Italia, en Francia, en Alemania, en Estados Unidos, por citar los principales países donde ha continuado, se ha desarrollado, y se ha generalizado y aplicado esta teoría iniciada por nuestro compatriota digamos que en busca de la nada, en busca de verdades que, como una buena amistad, no se buscan para nada. “La Nada –escribía Emily Dickinson- es la fuerza que renueva el mundo”. A mi parecer, esta desinteresada búsqueda de verdad es la única actitud probadamente progresista, pues es la que constantemente en la historia, y en contra de los pragmatismos de cada siglo, ha traído consigo el progreso científico que lleva siempre distraídamente de la mano a su hermano menor, el desarrollo tecnológico.

Pero esto lo entienden unos pocos, siempre unos pocos. Gaeta fue uno de ellos y su compromiso fue siempre con la geometría pura. En su teoría de la “liaison”, en la ciencia puramente geométrica, fue capaz de caracterizar las curvas conocidas, por la simplicidad de su estudio, como “curvas normales” (o más precisamente: “aritméticamente normales”). Se llama así las curvas para las que resulta trivial el problema de determinar “cuántas” superficies la contienen, y en consecuencia también otros problemas geométricos que es difícil resolver para otras curvas. Federico Gaeta caracterizó las curvas normales como aquellas que están “ligadas” en cierto modo a las curvas de más sencilla construcción: las que se construyen como intersección de dos superficies , tal como, por ejemplo, una recta se construye como intersección de dos planos (y dos curvas se dicen “directamente ligadas” si ambas juntas hacen la

intersección de dos superficies, y se dicen “ligadas” si la primera curva está directamente ligada a otra, y ésta a su vez a otra, y ésta a otra... y así sucesivamente hasta llegar a la segunda curva). Este concepto de “ligadura” o de “liaison” se ha generalizado más tarde –en la actualidad hay una verdadera explosión- en contextos cada vez más sofisticados.

Y, llegados aquí, una puntualización. D. Federico solía recordarnos que él no inventó la teoría de la liaison, contra la que solía decirse de él. Esta noción se encuentra por ejemplo en trabajos previos de Macaulay, antes de que Federico Severi le propusiese a Gaeta, como tema de tesis doctoral, el estudio de las curvas aritméticamente normales. La aportación de Gaeta es el “Teorema de Liaison” que he intentado expresar en términos divulgativos . Pero es este teorema el que ha consagrado la teoría de la “liaison”. Y aún otra puntualización, que también solía hacer D. Federico. El teorema no es sólo suyo, sino que es aportación simultánea de Apery y de Gaeta, y, así pues, téngase todo lo dicho como dicho de los dos. Pero Apery entró a continuación en un monasterio. Interesante, para los amantes de la historia de la ciencia, sería indagar su paradero, como los físicos italianos han indagado el paradero de Majorana. Quizá sólo encontremos que nos ha faltado ya. Entonces habrá sido verdad lo que yo solía decir a Gaeta. Yo le llamaba “el último de los vivos”, con lo que se sobrentendía “el último de la cadena de oro de la geometría italiana”. El hacía que protestaba, pero en el fondo le gustaba.

Bien, pues, Federico Gaeta. Gracias, último de los vivos. Que tu memoria permanezca viva entre los jóvenes, como celebrada forma ejemplar. Que sepan que, como dice mi amigo Antonio Córdoba, más vale subir una vez el Everest que cien veces la montaña de tu pueblo. Más vale una sola obra inmortal hecha en toda una vida que todos esos “papers” por año con que se pretende que forremos las hemerotecas.

Ignacio Sols